

JEREMY DAUBER

EL HUMOR JUDÍO

UNA HISTORIA SERIA

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ-FLÓREZ

BARCELONA 2023



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Jewish Comedy*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2017 by Jeremy Dauber
Todos los derechos reservados
© de la traducción, 2023 by José Manuel Álvarez Flórez
© de esta edición, 2023 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-19036-43-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 10488-2023

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2023*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Introducción. Un chiste, dos definiciones, siete temas, cuatro advertencias y otro chiste</i>	7
1. ¿Qué gracia tiene el antisemitismo?	19
2. Médicos judíos no tan afables	85
3. El ingenio de los judíos	156
4. Una visión prosaica	195
5. La divina comedia	256
6. La tradición popular	295
7. El humor judío: la pervivencia de la identidad judía	353
<i>Epílogo</i>	411
<i>Agradecimientos</i>	413
<i>Índice</i>	415

Para Ezra, cuya risa—como todo en él—es una delicia.

[Acantilado no se responsabiliza del contenido de ninguno de los portales de la red mencionados en el libro].

INTRODUCCIÓN

UN CHISTE, DOS DEFINICIONES, SIETE TEMAS, CUATRO ADVERTENCIAS Y OTRO CHISTE

No es posible empezar un libro sobre el humor judío sin un chiste, así que ahí va uno:

—¿Qué es verde, cuelga de la pared y silba?

—... Me rindo.

—Un arenque.

—¡Los arenques no son verdes!

—*Nu*, pero los puedes pintar.

—¡Los arenques no cuelgan de la pared!

—*Nu*, pero podrías colgarlo.

—... ¡Los arenques no silban!

—Vale, lo que tú digas.¹

O: «Era sólo para despistarte».

O: «Vale, pues no es un arenque».

O: «Pero bueno, ¿tú me has visto cara de especialista en arenques o qué?», etcétera, etcétera.

¿Es este chiste, y sus múltiples desenlaces posibles, un típico *chiste* judío? Y si lo es, ¿por qué? ¿Por el *nu* yiddish? ¿Por el tono un poco sabihondo? ¿Por la tranquilidad con que se acepta su carácter de «metachiste», o, dicho de otro modo, por la subversión, casi paródica, de la forma misma del chiste? ¿Es la falta de un remate gracioso lo que un intérprete demasiado entusiasta podría tomar como metáfora de una conciencia histórica judía siempre a la espera de redención mesiánica? ¿O es sólo un chiste sobre un arenque?

¹ Una versión de este chiste figura en: William Novak y Moshe Waldoks, *The Big Book of Jewish Humor*, Nueva York, Harper & Row, 1981, p. 24.

Mientras le dan alguna vuelta a estas preguntas, he aquí un cuento sobre el arte de contar chistes judíos. Se trata de una vieja historia sobre el rabino jasidí de Dubno en el siglo XVIII,¹ célebre por sus ingeniosas y oportunas parábolas. Un día un admirador le preguntó cómo se las arreglaba para encontrar siempre una parábola tan apropiada para todos y cada uno de sus sermones, y muy característicamente el rabino le respondió con otra parábola. Le contó la historia de un general que visitaba a las tropas y quedó pasmado al ver los resultados de las prácticas de tiro: mientras que la mayoría de los círculos de tiza trazados como blancos improvisados en la pared mostraban la habitual diversidad de fallos y aciertos, los círculos de uno de los reclutas sólo mostraban aciertos; cada tiro había dado en el centro justo. El general, boquiabierto, dijo que quería conocer al tirador, y todavía quedó más sorprendido al descubrir que se trataba de un judío, un recluta obligado a servir en el ejército del zar. Cuando le preguntó el secreto de su éxito, el judío se lo quedó mirando pasmado y respondió: «Bueno, es muy fácil: primero disparas con el fusil y luego trazas el círculo alrededor del agujero de la bala». Y el maguid concluyó confesando que ésa había sido siempre su técnica: buscar un buen chiste o una buena historia, y luego buscar el círculo más amplio que puede trazarse alrededor.

Cada chiste, cada historia, es una exposición del problema, un enfoque para resolverlo. El problema es, por supuesto, cómo definir y describir el humor judío tal como se presenta en sus vastas y diversas formas desde la Antigüedad hasta ayer mismo. Difícilmente puede considerarse una nueva empresa: ha habido intentos previos, sobre todo en las últimas décadas en Estados Unidos, donde durante algún tiempo parecía que el humor judío *fuese* el humor estadouni-

¹ Lo cuenta Nathan Ausubel, *A Treasury of Jewish Folklore*, Nueva York, Crown, 1981, p. 4.

dense, o al menos una parte importante del mismo. Steve Allen, que sabía de qué hablaba, se refirió a la comedia estadounidense en 1981 como «una especie de industria doméstica judía», y calculaba la aportación judía como cercana al ochenta por ciento.¹ Algunos—aunque no todos ni de lejos—de los enfoques propuestos en esos intentos—argumentos centrados en el lenguaje, la sensibilidad, la historia—ya se han apuntado más arriba.

Pero el humor judío tiende a resistirse a una única explicación. Con cada argumento propuesto sobre lo que realmente es, se nos revelan inmediatamente, a poco que lo pensemos, todo género de excepciones y contraejemplos; hasta el punto de que otros críticos igual de perspicaces han protestado diciendo que cualquier intento de definir específicamente el humor judío está condenado a la futilidad.² Es más, los contraejemplos no son sólo indicativos, son casi tan vastos y numerosos como la propia historia, que cubre muchísimo terreno. Escribir un libro que pretenda abordarlo todo, aunque de forma somera, y ofrezca alguna explicación de peso es mucho pedir.

No obstante, alguien debía intentarlo.

La primera vez que entré en un aula de la Universidad de Columbia para dar un curso sobre humor judío hacía poco que había dejado de emitirse *Seinfeld* y Lena Dunham acababa de iniciar la enseñanza secundaria. Judd Apatow era un productor de televisión respetado del que nadie había oído hablar fuera de la industria, y *Los productores* aún era una película, aunque se hablaba de llevarla a Broadway. Yo estaba un poco nervioso: era un inexperto profesor ayudante de veintisiete años y me enfrentaba a la clase más grande

¹ Steve Allen, *Funny People*, Nueva York, Stein & Day, 1981, pp. 11, 30.

² Véase Hershey H. Friedman y Linda Weiser Friedman, *God Laughed: Sources of Jewish Humor*, New Brunswick (Nueva Jersey), Transaction Publishers, 2014, p. 5.

que había tenido nunca (por lo visto era el tipo de curso que atraía a una multitud) y miré mis notas para concentrarme.

«El humor judío es un asunto serio», había mecanografiado en la primera línea, porque lo es. Como en los últimos quince años de enseñanza de la materia han cambiado muchísimas cosas—aunque, gracias a la magia de la distribución de contenidos audiovisuales, en realidad *Seinfeld* nunca ha dejado de emitirse—también mi programa de estudios ha cambiado, pero no la primera línea de mi primera clase, ni las dos consideraciones básicas que la acompañaban.

La primera es que el relato del humor judío tenía un alcance casi tan vasto y era tan significativo como la propia historia judía. De hecho, en la tarea de depuración y desarrollo que emprendí para preparar la clase, comprendí que estaba examinando una *tradición* cuya historia podía y debía *estudiarse*. La historia de la comicidad judía—lo que el humor *hizo* y *significó* para los judíos en diferentes épocas y lugares además de cómo y por qué resultaba tan divertido—no sólo es, narrada del modo adecuado, la historia de la cultura popular estadounidense, sino también la historia de la civilización judía y una guía para un aspecto esencial de la conducta humana. El hecho de que además sea un tema de lectura y de enseñanza inmensamente divertido es una gratificación añadida.

La segunda consideración es que no es posible ni remotamente incluirlo todo. Y por eso me di cuenta de que lo que se incluyera tenía que funcionar no como un catálogo de la producción cómica judía, sino como una explicación de en qué consiste exactamente el humor judío. Pero incluso para catalogar y taxonomizar es precisa alguna definición, para decidir qué se incluye y qué se excluye. ¿Es la materia prima del humor judío tan amplia que debe incluirse cualquier cosa escrita por un judío capaz de provocar la más leve sonrisa? La verdad es que no, eso sería, si no completamente ridículo, al menos sí ridículamente inútil. Y la literatura está plagada de brillantes pensadores con un fino sentido del humor que han

advertido que no es posible definir lo cómico con demasiada precisión: la advertencia de Samuel Johnson de que «lo cómico no se deja definir impunemente» es la más famosa, aunque a mí me gusta más el pareado de Swift que dice: «Nada del humor nos podrán contar | los sabihondos que tan en serio dicen estudiar».¹ De todos modos, a este sabihondo concreto le gustaría establecer dos condiciones.

Primera: *el humor judío tiene que ser creación de judíos*. No sé si es obvia o no, pero esta condición es una de nuestras reglas básicas. Cómo define cada cual su identidad judía es una cuestión notoriamente delicada—y, en contra de lo que algunos piensan, lo ha sido desde el principio de la historia judía—, pero cualquiera que se defina a sí mismo, de un modo u otro, como judío está potencialmente incluido en nuestro tema de estudio;² otros creadores, aunque a veces se los tome por judíos (sí, me refiero a Charlie Chaplin), quedan fuera.³ Dicho esto, el humor—sobre todo en los medios de comunicación y los espectáculos de humoristas en directo—suele entrañar, claro, colaboración mutua, y una gran parte del humor judío se realiza en colaboración con creadores que no son judíos; de ese material sí incluyo muchos ejemplos.

¹ La cita de Johnson procede de J. W. Whedbee, *The Bible and the Comic Vision*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, p. 5; la cita de Swift, de *The Works of Jonathan Swift*, Londres, Henry Washbourne, 1841, I, p. 615.

² Véase, por ejemplo, Shaye Cohen, *The Beginnings of Jewishness: Boundaries, Varieties, Uncertainties*, Berkeley (California), University of California Press, 1999.

³ Sobre el «judaísmo» de Chaplin, véase J. Hoberman y Jeffrey Shandler, *Entertaining America: Jews, Movies, and Broadcasting*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2003, pp. 34-39, y el testimonio de Groucho Marx en su carta (5 de septiembre de 1940), en la que informa de una conversación con él: «Me dijo, entre otras cosas, que no es judío pero que le habría gustado serlo». Groucho Marx, *The Groucho Letters*, Nueva York, Simon & Schuster, 1967, p. 24. [Existe traducción en español: *Las cartas de Groucho*, trad. Jos Oliver, Barcelona, Anagrama, 2014].

La segunda condición es más delicada: *el humor judío debe aludir bien a la vida judía contemporánea o bien a la existencia histórica judía*.¹ La historia judía es muy extensa, y la vida judía extraordinariamente diversa, tanto en lo geográfico como en lo cultural. Resultaría sorprendente que todos los ejemplos del humor judío fueran parecidos, y por supuesto no lo son. Pero en las diversas épocas y lugares aparecerán judíos comentando lo que significa ser judío en esa cultura; y generalmente, puesto que la mayor parte de la historia judía es historia de la diáspora, aparecerán como una especie de intrusos culturales, e incluso cuando no sea así, casi inevitablemente advertiremos esa mirada de reojo, familiar y ajena a un tiempo, tan decisiva para el humor. A menudo, ese sentido del humor ha intervenido también en los interminables debates, que se han prolongado siglos y han cruzado continentes, sobre el significado de la historia, la teología y el destino del pueblo judío. Algunos de los ejemplos que ofreceremos en este libro tratan de modo explícito estas cuestiones; otros las remiten a las esferas del subtexto o la alegoría; otros son instantáneas de un presente vivido cuyo origen en el pasado los convierte en parte de la discusión pese a que no parezcan tener esa intención, pero todos me permitirán llevar el agua a mi molino.

Queda dicho, pues. Ciertos subtemas, claro está, reaparecerán en diversos momentos: por ejemplo, el característico gusto por los juegos de palabras que tanto tiene que ver con las cambiantes circunstancias lingüísticas (a menudo multilingües) en que han vivido los judíos; o la atención a un asunto como el poder y la falta del mismo; o la relación de ambos temas con la masculinidad, y la presencia y ausencia de voces

¹ Elliott Oring tiene una definición similar aunque un poco más amplia en «The People of the Joke», *Western Folklore*, n.º 42, 1983, pp. 261-271, esp. 262; sin embargo, igual que muchos otros, describe el «humor judío» como un fenómeno sobre todo moderno.

femeninas. Todos estos subtemas, no obstante, son sugestivas preocupaciones, más que partes esenciales de la definición. Sin embargo, como aun sin incluir esos subtemas seguía quedando mucho material que analizar, se me ocurrió adoptar el enfoque del maguid de Dubno como principio para estructurar este libro: echar un vistazo a la larga historia de la cultura y la literatura judías, determinar el material cómico que se ajusta a nuestra definición y trazar luego un círculo alrededor para acotarlo—en realidad trazaré siete—. Porque cuando se rastrea el material—en toda la extensión de la historia del humor judío, desde la Biblia a la cuenta de Instagram @crazyjewishmom—y se buscan elementos en común, resulta que es posible identificar siete categorías o temas fundamentales.¹

Ya oigo a alguien gritar: «¿Por qué no ocho?! ¿Por qué no seis?! ¿El séptimo es una versión modificada del cuarto!». Ya me disculparán, pero esto no es una ciencia exacta: los escritores, humoristas y comediantes que producen materiales cómicos no son sesudos teóricos, sino artistas en la faena que intentan hacer reír al público y para ello echan mano de múltiples técnicas al mismo tiempo. En cualquier caso, el humor tiende a difuminar las líneas divisorias. De modo que los siete temas que apunto a continuación, sin más preámbulos, son generales y orientativos:

1. El humor judío es una respuesta a la persecución y el antisemitismo.
2. El humor judío es una mirada satírica a las normas sociales y comunitarias judías.
3. El humor judío es un juego alusivo, intelectual, ingenioso y libresco.

¹ <https://instagram.com/crazyjewishmom/>; sobre el carácter ambiguamente cómico de la descripción, véase R. Einstein, *Stop Lol-ing at My Crazy Jewish Mom*, <http://forward.com/opinion/214827/stop-lol-ing-at-my-crazy-jewish-mom>.

4. El humor judío es vulgar, grosero y está obsesionado con el cuerpo.

5. El humor judío es mordaz, irónico y metafísico.

6. El humor judío se centra en el judío común y corriente, de a pie.

7. El humor judío trata de la ambigua y difusa naturaleza del judaísmo.

Así pues, una tendencia del humor judío, por ejemplo, es la dimensión libresca, intelectual, ingeniosa, como corresponde al Pueblo del Libro, un aspecto que podemos encontrar en diversos intelectuales muy leídos, desde los rabinos talmúdicos hasta Woody Allen. Pero el humor judío también puede ser vulgar—tan grosero y obsesionado con el cuerpo como el de cualquier otra comunidad—, cosa que ilustran personajes tan variados como los autores escatológicos medievales o Mel Brooks.

Trazar la historia de estos siete temas—uno por capítulo—permite abarcar gran parte de la historia del humor judío de un modo intelectualmente coherente que, además, evita al lector tener que leer cientos de páginas para llegar a los hermanos Marx. Pero este planteamiento significa que regresaré a diversos períodos de la historia judía y su cultura—bíblica, de la Antigüedad, del Medioevo, de la Ilustración o de la postguerra en Estados Unidos, entre otras—en distintos capítulos. Espero que sea una de las gracias del libro, no uno de sus defectos: confío en que cada capítulo permita presentar un aspecto de la historia y la cultura judías, así como de su humor, y mostrar cada época bajo una luz distinta. En los últimos cincuenta años, los estudios académicos sobre la tradición judía han brindado innumerables perspectivas sobre el judaísmo, y el humor evidencia esa variedad de perspectivas tan bien como cualquier otro objeto de estudio. Contar la historia de cada uno de los temas singulares del humor judío a lo largo de la historia no sólo permite exponer qué es y cómo funciona en sus diversas va-

riantes y lugares, sino también sugerir cómo entendemos la propia historia judía.

Trazar un círculo—o siete—alrededor del orificio de la bala, como hizo el recluta del relato del maguid, sin duda tiene sus recompensas, pero también sus peligros: da una falsa impresión de orden allí donde reina el caos, y alguien podría decir que es un método tramposo. Pero, por otra parte, al recluta le sirvió para impresionar al general ruso y al rabino jasídico, y convencerlos a ambos de que era un gran tirador. Algo es algo.

Puesto que tenemos mucho que andar, más vale ponerse en marcha. Pero antes conviene hacer cuatro advertencias importantes en cualquier historia del humor, y en ésta en particular:

1. *Este libro es una historia.* Incluiré cosas que, dadas las vicisitudes del tiempo, de la historia y de las modas críticas, hoy pueden no parecer cómicas. Cuando las tradiciones interpretativas se enquistan, las tradiciones literarias se vuelven inescrutables. Entender la historia del humor judío no significa simplemente celebrarlo o disfrutarlo, sino tomar las cosas como *eran*, no como nos parecen ahora. Simplificando: el humor es cultural y depende del contexto, y el humor judío no es una excepción. Incluso habrá ocasiones—cuando me remonte lo suficientemente atrás—en que conjeturaré la intención cómica, aunque ni yo ni el resto de estudiosos podamos tener absoluta certeza. La investigación y el instinto pueden llevarnos lejos, pero a veces no bastan.¹

2. *El humor no siempre es divertido.* Lo que he denominado «intención cómica» cubre un espectro muy amplio. Uno

¹ Sobre estas incertidumbres, véase, por ejemplo, David Marcus, *From Balaam to Jonab: Anti-Prophetic Satire in the Hebrew Bible*, Atlanta (Georgia), Scholars Press, 1995, pp. 4-5.

de los aspectos del humor que deja perplejos a estetas y filósofos de todas las épocas es su vínculo con el fenómeno físico de la risa: ¿por qué sonreímos o reímos ante cosas que no parecen divertidas, por ejemplo ante cosas que nos ponen nerviosos? Éste no es el libro para responder a tal pregunta (aunque tendremos ocasión de ocuparnos de una serie de teóricos judíos de lo cómico, sobre todo en la época moderna, ya que nuestro relato se entrelaza con la creación de la categoría de «humor judío»), pero sí me plantearé un aspecto relacionado con esa cuestión: a menudo no nos reímos de cosas que son indiscutiblemente cómicas. No quiero decir con eso que este libro entienda lo cómico en el sentido isabelino del término *comedy*, pero sí que nos ocuparemos de manifestaciones de la creación cómica que no están destinadas tanto a provocar la risa como la complicidad irónica, la sonrisa resabiada o incluso el gemido horrorizado. Lo cual nos lleva a:

3. *El humor no siempre es bonito ni amable.* Incluso un conocimiento superficial del humor evidencia que, como especie, nos gusta reírnos de cosas que la sociedad considera temas de conversación o discusión inadecuados (de hecho, algunas teorías del humor desarrollan en gran parte esta tesis). Este libro contiene muchísimo material que algunos podrían considerar impropio, incluso muy impropio. Parte del mismo es el inevitable resultado de abordar obras de períodos con normas sociales muy distintas de las nuestras—por ejemplo, el humor que hoy nos parece intolerablemente racista formaba parte del menú familiar hace menos de medio siglo—. Y en ocasiones toparemos con coincidencias incómodas: chistes de gordos que han sido moneda corriente desde el principio de la historia documentada y que siguen funcionando en la actualidad. Tendremos en cuenta ciertas consideraciones morales en nuestra historia—la historia de esas consideraciones y la forma en que los artistas afrontaron y eludieron esos tabúes, se adaptaron a ellos o los quebrantaron—, pero no nos privaremos de incluir ciertas manifesta-

ciones del humor en razón de su carácter misógino u homofóbico, obsceno, blasfemo, xenofóbico o cualquier otra de las mil características ofensivas relacionadas con diferentes aspectos del humor judío—como del humor en general—. Quedan advertidos. Y por último:

4. *Al analizar el humor existe el riesgo de matarlo.* Probablemente éste sea el mayor peligro de todos: como descubrió Lenny Bruce, era mucho más perjudicial para su carrera ser aburrido que ser chabacano. Lo que nos gusta de las grandes obras del humor judío—y del humor en general—no es *cómo* funcionan, sino *que* funcionan. Mirar debajo del capó para ver por qué un cuento o un chiste determinado es, por ejemplo, una poderosa expresión de las angustias y ambiciones de los judíos de los suburbios estadounidenses de postguerra sin duda es menos divertido que leer el cuento o escuchar el chiste. Pero mi tarea es contar una historia—siete historias en una, en realidad—y no puedo ahorrarme las explicaciones. Quien quiera un libro de chistes que se lo compre.

Dicho esto, como no quiero terminar la introducción de un modo tan agresivo, ahí va otro chiste. De acuerdo con las cuatro advertencias, no tiene ninguna historia (en fin, estoy seguro de que sí, pero aún no he sido capaz de rastrear su procedencia), puede que no resulte divertido, no es bonito ni educado (la gente a la que se lo he contado tiende a dividirse entre quienes lo consideran horrible y los que lo encuentran muy gracioso) y no voy a explicarlo, al menos por ahora. Pero lo considero uno de los grandes chistes judíos, quizá incluso el que ocupa el segundo lugar entre los mejores (para saber cuál ocupa el primero sigan leyendo).

Dos viejos se sientan en el banco de un parque de Tel Aviv y al rato se reconocen: son amigos que no se veían hacía muchísimo.

—¡Reuven!—exclama uno—. ¡Cuánto tiempo, no nos hemos visto desde que nos fuimos del pueblo! ¿Cómo estás? ¿Y tus padres?

—Hace años que murieron, Shimon, ya tenemos una edad.

—Es verdad, el tiempo pasa volando. Te acompaño en el sentimiento, Reuven. Oye, pero cuéntame qué tal tus hermanos, me caían tan bien, ¿cómo están?

—Vaya, ya veo que no te enteraste: mi hermano murió hace diez años, un cáncer.

—Cuánto lo siento, qué golpe terrible. ¿Y qué es de tu hermana? Era tan encantadora...

—Pues hace mucho que no sé de ella, Shimon: murió hace quince años de un derrame.

—Ay... ¡Dime cómo está tu estupenda esposa! No la he visto desde que tuvisteis al primero de tus hijos...

—Ya veo que tampoco te enteraste, claro: murió hace cinco años, una bomba en un autobús.

Reuven ya no sabe qué decir, hasta que por fin pregunta:

—¡Cuéntame qué tal tus hijos, anda! ¿Cómo les va?

—Te reirás, pero también están muertos.

El humor judío siempre ha sido mordaz. Este libro trata de averiguar en qué consiste, cómo se desarrolló, cómo se entrelazaron sus diversos hilos y cómo dialogaron con la historia judía.